

DEPOSITO LEGAL

El Salmantino

DIARIO DE LA TARDE SEGUNDA EPOCA

SALAMANCA
1913.

NÚMERO EXTRAORDINARIO

7 DE
DICIEMBRE



EXCMO. SR. D. JULIÁN DE DIEGO GARCÍA ALCOLEA

SALUDO Y ADHESION

Al Excelentísimo e Ilustrísimo señor Obispo de Salamanca,
don Julián de Diego García Alcolea, en el día de su entrada
solemne en la capital de la diócesis.

TENE EL SALMANTINO, Excelentísimo e Ilustrísimo Señor, como el primero y más estimado de todos sus títulos, el de ser uno de los diarios que en las provincias españolas vienen dedicándose a mantener, mediante modesta pero muy ruda labor, y a costa de no pequeños sacrificios de diversa índole, la pureza de la santa Fe Católica que nuestra Madre la Iglesia nos enseña, y la sublime moral evangélica, que es principal fundamento y base del orden, de la paz y del verdadero perfeccionamiento en las naciones.

Disculpe Vuestra Excelencia esta presentación que de nosotros mismos director, redactores y colaboradores del periódico hemos querido hacer, sin esperar a que ninguna otra persona nos lleve a la presencia del *Padre*, porque bastante confianza inspira este nombre, que es divino, para acercarnos al que nos envía el Espíritu Consolador, con la sagrada misión de procurar la salvación de nuestras almas, que es el más grande de los deberes que la paternidad impone.

Como hijos amantísimos, nos postramos pues reverentemente, ante vuestra sagrada persona, besando su anillo pastoral y saludando con todos los respetos debidos al que ya amamos y veneramos como Padre cariñoso. ¡Bien venido sea entre nosotros el que viene en nombre del Señor!

Otra manifestación nos exige el afecto y no hemos de retrasarla. Queremos que la caridad de Cristo, Señor Nuestro nos retenga siempre al lado del que es legítimo Pastor y Maestro de nuestras almas, viviendo en perfecta obediencia a sus mandatos. Y para ello comenzamos por poner a disposición suya, Excelentísimo e Ilustrísimo Señor, nuestras plumas y el mismo diario en que hemos venido acumulando durante unos cuantos años los esfuerzos de nuestra voluntad.

Hablad, Excelentísimo Señor y dignísimo Prelado, que atentamente esperan vuestras órdenes, para cumplirlas, los que de rodillas impetran vuestra pastoral bendición.

La Redacción.

EL culto y simpático director de EL SALMANTINO se ha propuesto testimoniar públicamente su adhesión al eminente sociólogo, Excelentísimo señor Alcolea, que viene a suceder en el gobierno de la diócesis, al agustino padre Valdés (q. e. p. d.)

Con ese fin hace un llamamiento generoso y desinteresado a todas las entidades y corporaciones que defienden con tesón y valentía los intereses católicos del país.

Humilde, humildísima es, hoy por hoy, la representación de los agustinos en esta ciudad, si bien es forzoso confesar que la historia de nuestro pasado está íntimamente ligada con la de aquella; no obstante, queremos responder, y de hecho respondemos, a ese llamamiento, sumándonos gustosísimos a los millares de católicos salmantinos que rinden el homenaje de su obediencia filial al *Padre* querido, al amantísimo *Pastor*, cuya alma candorosa transpira las ternuras del amor «puro, sencillo», cantado por el di vino fray Luis en los *Nombres de Cristo*.

De buen grado haríamos una semblanza del ilustre Prelado que ha sabido captarse las simpatías y el amor sin límites de todo el pueblo asorgano sumido hoy en un mar de lágrimas. Nuestro mayor gusto sería también hacer un estudio algo serio sobre sus trabajos sociológicos, donde esplende una ciencia sólidamente cristiana y conciliadora, rezumándose a veces en ellos como un enamorado de la belleza; pero bien a pesar nuestro, tenemos que desistir de semejante propósito, obligados por lo que se llama ajustes periodísticos y por aquello de ¡cuánto pierden las esculturas griegas cuando un periodista trabaja por encerrarlas dentro de las hornacinas de un diario.....!

Hacemos pues, punto final en nuestras cartillas, con el parabién más sincero al señor Alcolea; le reiteramos el testimonio de nuestra obediencia y pedimos un responso por los hermanos queridísimos cuyos restos guarda la noble Salamanca.

P. E. D. C.
(Agustino).

ENHORABUENA; alégrate y regocíjate, ¡oh pueblo salmantino!, te diré con el entusiasmo que en otro tiempo el Regio Vate, porque grande es tu dicha en este día al ver que tras largo invierno, de nuevo brilla sobre tu frente el sol radiante y corre por tus venas la savia que engendra vida, pues no otra cosa es la presencia de un sabio y virtuoso Prelado.

La Iglesia, ha dicho el filósofo español —y antes ya lo había dicho el Filósofo Eterno, la Sabiduría increada— es un grandioso árbol, aunque en su infancia no fuera más que un pequeño tallo del grano de mostaza, cuyo verdor jamás podrá faltar: siempre estará en una primavera eterna; es un río caudaloso que tiene su origen en las fuentes de la Beldad sin principio, y sus afluentes le vienen del Costado de Cristo: nunca experimentará la sequía del verano. Pero la luz vivifica, la savia y el regadío que es te árbol corpulento recibe directamente de su cabeza Cristo Jesús, no la distribuye a sus vástagos, sino por medio de sus ministros, especialmente por medio de aquellos que el mismo Espíritu Santo ha establecido en su Iglesia para que la instruyan, la dirijan y la gobiernen, cuales son los Obispos, dejando aparte que su jurisdicción la reciban directamente de Jesucristo o del Romano Pontífice, su Vicario en la tierra.

Si, la Iglesia no perderá jamás su frescura y lozanía, pues tampoco ha de faltar el manantial perenne que la riega; sus ramas estarán más o menos frondosas, según que el *virus* confortante circule por sus venas. Y ¿cómo circulará si no existe el medio transmisor que pueda ingerir ese flúido? La rama, pues, del grandioso árbol puede llegar a marchitarse, a sufrir los rigores del invierno. Este ha sido el tuyo, ¡oh pueblo salmantino!, el tiempo que has estado en la orfandad, caeciendo de Pastor que te gobierne, de Prelado que te instruya; pero ya es llegada tu primavera; ahora con la nueva de tu Prelado, echarás nuevos y robustos pimpollos, verdes hojas y agradable fruto, porque él que es la *luz del mundo*, sin duda que te

Bien venido sea a este nuestro querido y católico pueblo el sabio Pastor que la Providencia hoy nos envía, y ojalá que cuantas bendiciones derrame sobre esta su grey sean fruto sabroso para dulcificar sus amarguras, a la par que sirvan de poderoso elemento para su engrandecimiento moral y material.

El Alcalde accidental,
JOSÉ LOPEZ CABEZAS

ha de iluminar con su sabiduría, con su prudencia, con su buen régimen; él que es la *sal de la tierra* te aderezará con doctrina sabrosa y nutritiva, *más dulce que el panal de miel*, para los fervientes católicos y acibar incomparable para los disidentes y rebeldes; él que es la *salud del pueblo* te imprimirá una vida llena de energías; él, en fin, estará adornado de las más ricas preseas que deseaba el gran Apóstol.

Pero aun existe, salmantinos un nuevo timbre de gloria en vuestro Excelentísimo Prelado, para que os regocijéis en la suerte tan feliz que habéis tenido. Vosotros sois un pueblo entusiasta por las glorias de la gran Teresa, como caldeados al fuego de su ardiente corazón, y vuestro augusto Prelado no os va en zaga en tan santos entusiasmos, según lo ha demostrado repetidas veces; y ahora, su primera visita ha sido a la Ilustre Reformadora del Carmelo, de quien dijo el inmortal León XIII, que era la más sabia de las Santas y la más Santa de las sabias; a esa mujer, *gloria de su raza*, a su corazón y a su sepulcro acude para acrecentar sus entusiasmos teresianos para recibir nuevas luces en su difícil empresa, y la insigne castellana, que era, como se diría hoy, tan eminente política no dejará de galardonarle esa visita, nacida en el corazón, aumentándole el amor hacia su Carmelo, hacia su grey teresiana..... ¡Qué risueño y atractivo se presenta el horizonte de nuestro sabio y virtuoso Prelado!

Alegraos, si; regocijaos y dadle la enhorabuena, que yo, el mínimo de vosotros, uno mis voces a vuestras voces, mis entusiasmos y alegrías a los vuestros.

Quiera el cielo derramar todo género de bendiciones sobre tan benemérito Prelado y sobre todo este pueblo salmantino.

Un Carmelita descalzo.



Salamanca.- Palacio Episcopal.

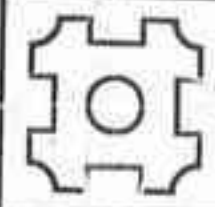
Los salesianos de Salamanca como fieles seguidores de los santos ejemplos de su Venerable Padre y Fundador, se apresuran a presentar a vuestra excelencia el homenaje de su reverente afecto y filial sumisión, y formando un solo coro con el pueblo católico salmantino exclaman hoy, con transportes de jubiloso entusiasmo: *Bendito, mil veces bendito el que viene en nombre del Señor.*

De buenos soldados ha sido siempre el estar estrechamente unidos por el amor, sumisión y obediencia a sus legítimos jefes; permanecer siempre a su lado en la hora del combate y de la victoria; acatar sus órdenes, cumplir sus mandatos y, en pos de su bandera, correr a la lucha y al triunfo. Aunque los últimos por varios conceptos, soldados somos del ejército de Cristo los hijos del Padre Juan Bosco; a sus invictos pendones hemos jurado eterna fe y consagrado todos los alientos de nuestra vida: por esto; Ilustrísimo y Excelentísimo Señor, al recibirlos hoy por Capitán y Jefe que el cielo nos señala, nos sometemos gustosos a vuestro venerable cayado y a vuestras órdenes seguiremos peleando las batallas del Señor.

Sabiendo el grande amor y predilección que sentís por la juventud, porción escogidísima de vuestra grey, y a la cual la Pía Sociedad salesiana consagra todas sus fuerzas y energías, no pueden menos de recibirlos hoy, Excelentísimo Señor, más que como a Padre amantísimo que viene a infundirles nuevos alientos, como a inspirado Maestro que viene a guiarles con sus sabios consejos y soberanas luces, en la delicada y ardua labor que la Iglesia les confía.

En nombre, pues, de los doscientos alumnos del Instituto Salesiano de María Auxiliadora, de los ciento cincuenta niños que frecuentan las escuelas de la antigua casa y los ciento ochenta obreros de las clases nocturnas, saludan efusivamente al nuevo Prelado que la Providencia les envía y mientras besan reverentes el sagrado anillo, imploran de rodillas la pastoral bendición,

Los Salesianos.



Los Prelados en la antigua legislación española.



DOCZOR, PASZOR, JUDEX

CON la triple potestad que señalaban estas palabras llegan a sus respectivas diócesis para encargarse del gobierno de ellas los señores Obispos, puestos por el Espíritu Santo para regir la Santa Iglesia de Dios.

«Son así como pilares en Santa Iglesia, sobre que se sufre la fe; ca ellos son tenudos mas que otros prelados de predicar e demostrarla a las gentes e defenderla por razón a los herejes e todos aquellos que la quieren contrallar.»

«E Obispo tanto quiere decir, como guardador e sobre entendedor esto es porque ha de entender sobre todos los de su Obispado en guardar las almas. E ordenar debe bien el Prelado su Iglesia de manera que todas las cosas que son menester para servicio della sean fechas ordenadamente.»

«E ha poder sobre los clérigos de su obispado en lo temporal e en lo espiritual. Castigar puede el Prelado a las vegadas... pero de uelo facer con mesura... Mas el Prelado que non quisiere castigar los clérigos tambien como los otros de su obispado, faze grand yerro.»

«Decemos tener a los Obispos por santos e obedecerlos e honrarlos como aquellos que tienen lugar de los Apóstoles.»

«Este es el resumen de nuestras antiguas leyes inspiradas en la doctrina de Cristo. Reconócese en ellas y se garantiza el magisterio de los señores

obispos porque a éstos, como sucesores de los apóstoles, dijo el Señor: Sois la luz del mundo. «Ca así como la luz alumbra e faze ver a los que están en tinieblas, así la predicación demuestra e faze entender la verdad a los que la non saben». Y mandan que sean reverenciados y se les tribute el homenaje de amor

filial que a ellos es debido, «porque como pastores son guarda de las almas e la honra que les deven fazer de fecho, es que se levanten a ellos e los acorran bien e los fagan reverenciar las otras cosas, según fuer la costumbre de la tierra». Y se les confirma en la potestad y jurisdicción que han sobre los clérigos y legos de Santa Madre Iglesia encomendados el Fuero que deshagan el juicio torticero que hubiera podido hacer algún alcalde.»

Quisiéramos terminar estas líneas

con el examen de las vigentes disposiciones relativas al reconocimiento y garantías de los sagrados derechos que a los señores Obispos les pertenecen, pero mejor será no acibarar hoy las almas de los católicos salmantinos, poniéndoles a la vista los olvidos y las negaciones inconcebibles de una legislación que debiera estar más fundamentalmente inspirada en los preceptos evangélicos.

P.

12-1913.

AD OFNATISSIMUM AC PRÆSTANTISSIMUM D. FPISCOPUM SALMANTICENSEM.

ECCE VIGIL EOS CROCEO VELAMINE PULGENS
ASTRA FUGANS, NOCTIS DUCIT AB AXE DIEM,
ASPICERES POPULUM LETOS DIFFUNDERE VULTUS
UNC.E QUO PRIMUM PERSTREPHERE TUBE.
JAMQUE INAURATO VELANTER CORPORA PEPLIO
PONTIFICUM ET TUNDIT CYMBALA RAUCA SONOS.
AETHERA DEMULCENT CANTU JUVENESQUE VIRIQUE
EXOSA. AMOREM QUE TENET ILLA DEI.
GESTIT PERCELEBRIS SALMANTICA NOSTRA PARENTEM
CULTU QUE POLLET CONDECORARE SUO,—
INFRENDIT GAUDENS VELETI CUM MUMURE RAMOS
IN VARIOS AGITAT MOBILIS AURA MELOS.
CONSOCIOR COMPT.E, PRECOR, ASPIRATE CANENTI
AONIDUM DIV.E, FERTE DECUSQUE VIRO:
«ATQUE PARENS CUSTOS POPULIQUE GRATISSIMUS EQUO
ET THEMIDIS SERVANS SIS PIA JURA, ROGO.»

CONSTANTINUS DE LUCAS

AD CASTRA CIVITAT.S SACER DICATUS.

VI-XII MCMXIII.





VÍTORI AL DOCTOR ALCOLEA, OBISPO DE SALAMANCA

CUANDO el Papa Gregorio XV, rodeado del sacro Colegio Cardenalicio y de ingente muchedumbre de fieles congregados en torno a la Cátedra de San Pedro, el 12 de Marzo de 1622, iba a decretar oficialmente los honores de la Santidad para aquellos cuatro grandes siervos de Dios, que se llamaron Ignacio de Loyola, Isidro el Labrador, Felipe de Neri y Teresa de Jesús, es fama que hubo de exclamar en aplaudido, hermoso arranque de espiritual galantería: *Comencemos por la Dama...*

¿Sorprenderá ya a nadie el secreto de la primera, tradicional visita de los Prelados salmantinos al sepulcro de la gloriosa *Dama*, antes de entrar por modo solemne en la capital de la Diócesis?

Es un secreto de cortés galantería y devoción fervorosa.

Y sin que lo indicara el Estatuto catedralicio, un impulso de irresistible simpatía, luz de amor, los llevaría a ofrendar las primicias de su pontificado a la «gran hija de la Iglesia», como ella se decía, a la devotísima y respetuosa de los Señores *Perlados*, a la monja benditamente inquieta, la fragancia de cuya vida, de serafín más que de mujer, parece como que se aspira y trasciende al alma, mejor que en parte alguna, en estas llanuras de Castilla y en esta Diócesis de Salamanca, que se enorgullece de tenerla por compatrona, y en ser depositaria de aquel su corazón, vaso de oro en que vertió los más regalados amores su divino esposo Jesús.

Primicias tales, las llevaron a la villa ducal aquellos gallardos paladines, enamorados eaballeros teresianos...; un Don Fernando de la Puente, un Fray Joaquín Lluch y Garriga, un Don Narciso Martínez Izquierdo, un ¡Padre Cámara!, que lo dice todo... Y enlazando a la brillante cadena de estos nombres insignes el suyo ya prestigioso, el nuevo Obispo de Salamanca, Don Julián de Diego García y Alcolea, irá a Alba de Tormes a rendir pleitesía de admiración carifiosa a la Santa Carmelita, a emparar sus ojos en visión de luz, a beber inspiraciones e ideales, y a templar su alma en la fragua de los divinos ardientes amores del corazón más grande y más hermoso que—excepción hecha del de María Santísima—ha latido en pecho de mujer...

Y después de besar sus reliquias, y de saborear recuerdos, y de nutrir esperanzas, y de pasear su asombro por aquel jardín de piedras, flores de la futura Basílica, y de proyectar empresas al amparo de la excelsa *Dama* castellana, vendrá el nuevo Obispo a Salamanca a recibir las aclamaciones de su pueblo, saludos y vítores de paz y bendición al que viene en el nombre del Señor.

Y ese pueblo bueno, creyente e hidalgo, hambriento de pan de doctrina y enseñanzas salvadoras, pondrá en sus labios, para rendir el homenaje de sumisión y el rendido obsequio de su piedad y la ahincada veneración a la sagrada persona de su Obispo, las vibrantes palabras del *vate florentino* al *cisne de Mantua*, enviado de aquella otra *altísima dama*, que tuvo por nombre Beatriz:

¡Tu duca, tu signore, e tu maestro!...

T. Redondo.



Los nueve últimos Prelados de Salamanca. Remembranzas de Don Gaspar Jiménez Repila.

Al tratar de publicar este número extraordinario, como homenaje a nuestro nuevo Prelado, y reunir materiales para el mismo, por orden expresa y terminante, nos trasladamos a la plaza de Monterrey. El número 2 es la casa parroquial de la Purísima, y en ella se desliza hoy, serena y apacible, la vida de don Gaspar, como la de buen Pastor, como la de cosechero que descansa y goza contemplando el fruto de la siembra que regó el sudor de su frente.

Nos recibió como él recibe a todos: afable, cariñoso y familiar.

—Usted perdóneme—le dije yo—: esta vez vengo a importunarle.

—De manera ninguna—me contestó.—¿Qué traes?

—¿Quiere usted escribir unas cuartillas para EL SALMANTINO? le repliqué yo a quemarropa. Me mandan a preguntárselo.

—Tú estás loco — me dijo sorprendido y riendo.

—Me figuraba contestación semejante, de manera que nada hay que esperar, ¿no es verdad?

Nada, hombre, nada. Querer hacerme periodista a mis setenta y siete, es sencillamente, una candidez.

—Está bien, y dejemos eso a un lado. Pero, dígame: ¿cuántos Prelados ha conocido en Salamanca?

Después de reflexionar unos momentos, contestó sin vacilar:

Nueve.
—¿Y cuál ha sido, a su juicio, la característica de cada uno?

—Eso no es tan fácil, y en cambio, es tan fácil equivocarse en eso! Cuando vine a estudiar el año 48 regentaba la diócesis el Señor Varela; y durante aquel curso académico murieron él y su sucesor Don Salvador Sanz. De manera que, siendo yo un niño, nada puedo decir de éstos, si es que lo que desear es saber mi juicio propio.

—Precisamente eso es lo que deseo.

—Pues bien: entonces no pensaba yo, no podía pensar yo más que en aprender *musa musae* y en recordar a mi madre. Del Prelado siguiente, Don Antolín Lozano, que era muy anciano y murió a los pocos meses, me acuerdo mucho. Es te diría yo que todo era ternura. No habló una vez a los seminaristas y habló bastantes, que no llorase, y a cada instante nos llamaba hijos, hijitos. A este le sucedió Don Fernando de la Puente y Primo de Rivera

—¿Y de éste—le interrumpí yo, indiscreto— conserva usted algún recuerdo especial?

—Ya lo creo, y tan especial—me contestó con jovial viveza—. Se propuso el buen señor consagrar infinidad de aras para las parroquias. Para esta ceremonia, que es pesada, dispuso que asistieran como acólitos varios seminaristas todas las mañanas muy temprano. A lo se enfadaba si nos retrasábamos; pero luego nos trataba como a príncipes. Disponía que nos dieran buen almuerzo, y entonces fué cuando yo probé buenos huevos con chocolate.

El Señor de la Puente y Primo de Rivera, era muy ilustrado enseñaba él mismo las matemáticas en el Seminario y descolló por su «espíritu organizador» en la diócesis, fundando el *Boletín Eclesiástico* para más facilitar su empresa.

Le siguió Don Anastasio Rodrigo Justo, que me ordenó a mí, siendo su cualidad saliente «el amor al clero», herir al clero era herirlo en la niña de sus ojos. Ningún sacerdote, que yo sepa, salió descontento al visitarle.

Después vino el Señor Lluch y Garriga, catalán, que yo llamaría «el diplomático». Tenía tanta diplomacia, como volumen y dulzura. Todavía viven algunos de aquel entonces. Era época de revolución, y campaba ya en Salamanca la junta revolucionaria, un día, en que reunida en el actual edificio del Gobierno, se presentó allí el Señor Obispo. El simple anuncio de la visita fué una sorpresa y un desconcierto. No sabían que hacer. Por fin el ordenanza recibió la orden de «pase», y pasó el Prelado.

—No, a nada, señores, decía en su acento catalán y a la vez riendo. Supe que estaban reunidos y vengo a saludarles y ponerme a sus órdenes (al mismo tiempo les daba a besar el anillo); pero que haya orden ¡eh!, que haya orden.

Advirtió el Prelado que entre los presentes se hallaba uno que se mantenía firme y a distancia, y dirigiéndose a él:

—¡Ah, ah!, bese, bese, Señor Sánchez Ruano, bese.

Y el famoso revolucionario Señor Sánchez Ruano, amansado por aquel continente tan suave e invitación tan singular, inclinó su cuerpo, bajó su cabeza y depositó un beso en el anillo de paz.

Sucedióle el Señor Izquierdo. Este, de tejas abajo era un filósofo. Predicaba y recorría las catequesis, y en medio de los niños como en el púlpito, asomaba el filósofo enseguida. Pero ante todo, era «amante de Teresa de Jesús». No verás ningún retrato que no sea a los pies de la Santa castellana

Del Padre Cámara que vino después, no hace falta decir nada. Hablan las piedras y chinarras.

Sin embargo, por decir algo, yo diría que era el batallador, el de los grandes arrestos y de las grandes empresas. La estatua de la Plazuela de Anaya nos lo representa hablando y vivo todavía. No hay que añadir más.

—¿Y qué me dice usted del Padre Valdés?, le interrumpí yo.

—El Padre Valdés, a juicio mío, llevaba dentro un hombre grande; pero, acometido enseguida de terca y silenciosa enfermedad, fué aquí un pobre enfermo.

—Está bien, Don Gaspar. Gracias por todo y Dios le conserve tan bueno muchos años.

Cúmplase su voluntad. Esto lo primero, después yo haré lo que pueda por mi parte por ver si conozco algún Prelado más.

Me retiré contento y diciendo para mis adentros: ¡al fin me ha hecho el articulo!

S.

— HOSANNA —

BENDITO el que viene en nombre del Señor! Día es éste de santas alegrías, de hondo y conmovedor regocijo espiritual. Lo saben ya los asiduos lectores de EL SALMANTINO, lo presienten las almas buenas y lo publican incesantemente los alegres acordes de las músicas y los repiques cadenciosos de los címbalos y los solemnes volteos de las enhiestas campanas.

Agítanse las muchedumbres con el aparente desorden y la jovial algazara de las grandes solemnidades; corren en tropel, confundidas, todas las clases sociales, en busca del suspirado objeto de sus ardientes anhelos, y germina y crece y se difunde en los ocultos senos de las almas esta ardorosa exclamación que brotará muy pronto de los labios: *Hosanna, hosanna!* ¡Bendito una y mil veces el enviado del Señor!

Será al mismo tiempo himno de victoria y cántico de risueñas esperanzas; porque no es el triunfo que celebramos hoy como el de guerrero que esclaviza o de tirano que mata, destacándose altivo sobre trágico fondo de ruinas y cadáveres, con faz siniestra y ensangrentadas manos, no; es la apoteosis del varón sabio y virtuoso, portador de la paz y del consuelo, heraldo de la justicia, apóstol de la Religión y sagrado paraíso de las bendiciones de lo alto. Juntemos todas nuestras palmas ruidosas, levantemos al cielo nuestra vista y, con el ingente estrépito de la rauda catarata, digamos de corazón y repitámoslo incansables con la lengua: ¡Viva el ilustre Prelado salmantino! ¡Gloria, prez y bendición al eminente sociólogo, al solícito Pastor, al bondadoso Padre!

No estaremos solos los vivientes en este sublime concierto de alabanzas y merecidos aplausos; también las caras cenizas de nuestros mayores se estremecerán jubilosas, dejando de añorar por vez primera las seculares glorias de su idolatrada Salamanca. Los severos monumentos de esta Atenas española erguirse han sobre sus pedestales de granito y sobre sus amplios cimientos para dejarse ver y hacerse admirar en los ventanales caprichosos y en los artísticos remates de su maravillosa arquitectura. Sangre juvenil, hábito vivificador circulará bajo la pátina secular de su faz añosa y macilenta y el policromado iris de una halagüeña esperanza los enciendará y los bañará con rosicleros de aurora dejándonos entrever el próximo resurgimiento de nuestras tradiciones artísticas y de nuestras glorias literarias...

La ciudad y el campo, la fastuosa catedral y las humildes ermitas, la Universidad Literaria y las modestas escuelas rurales, las corporaciones y asociaciones piadosas y los centros católicos de obreros, festejarán a su Mesías como Jerusalén al Redentor en el domingo de Ramos. San Juan de Sahagún, Santa Teresa y Santo Tomás de Villanueva, los maestros León, Soto y Suárez, todos nuestros santos, los sabios y los artistas todos los hijos preclaros que han sido o han respirado el ambiente de nuestra patria chica, aclamarán también al varón providencial que nos han deparado los cielos, repitiendo con nosotros: *Hosanna, hosanna!* ¡Sea bendito una y mil veces el enviado del Señor!

P. C. de la P.
(Argentina)



— LOS PRELADOS SALMANZINOS —

OBSERVAN éstos, al hacer su entrada solemne en la diócesis, una ley de grande significación mística y alto sentido piadoso; ley impuesta por la devota costumbre de los mismos, consistente en que antes de hacer su entrada en la capital diocesana, visiten el sepulcro de Santa Teresa de Jesús, en Alba de Tormes; rindan pleitesía a aquel corazón endiosado, venerando tan preciadas reliquias, al par que depositen en manos de la Santa castellana el gobierno y administración de su diócesis, encomendando a sus fieles y a sí mismos a la protección y amparo de Santa Teresa, e implorando por su mediación las luces y gracias conducentes para el mejor acierto en el desempeño de su elevado ministerio, y alejar del Divino Espíritu las bendiciones para toda la diócesis, ya que por el Espíritu Santo han sido puestos para regirla.

Una comisión de canónigos y beneficiados de la Catedral de Salamanca se traslada, con antelación, a la villa de Alba; con objeto de hacerse cargo de la persona del Prelado, prepararle hospedaje, acompañarle en su visita a la Santa y no dejarle hasta su entrada en la capital, todo ello en nombre del Cabildo Catedral, que es la más alta representación del obispado en sede vacante.

Recientemente por un Prelado eximio, el nunca bastante llorado e inolvidable padre Cámara, dejóse incumplida semejante costumbre; ignoramos la causa: nos dicen que fué debido a hallarse el obispado bajo el terrible azote del cólera morbo. Los fieles de esta villa, al ver semejante preterición, exclamaron:

— No ha venido a visitar a la Santa; ya vendrá, ya vendrá; ella se encargará de traerlo.

Y en verdad que no salieron fallidos sus pensamientos; bien les galardón con erecos la Santa y el Obispo a que la omisión, pues sabido es de todos lo que el padre Cámara hizo por la Santa y por Alba. Aquí tenía puesto su corazón; ésta era su residencia favorita, cuando sus múltiples ocupaciones se lo permitían; en una palabra: tan extraordinarias mercedes hizo a este pueblo, que nunca sabrá agradecerlas bastante.

Hoy nos depara la Divina Providencia un nuevo Prelado, teresiano de corazón. Gustoso se postrará una vez más, antes de su entrada, ante las reliquias de Santa Teresa.

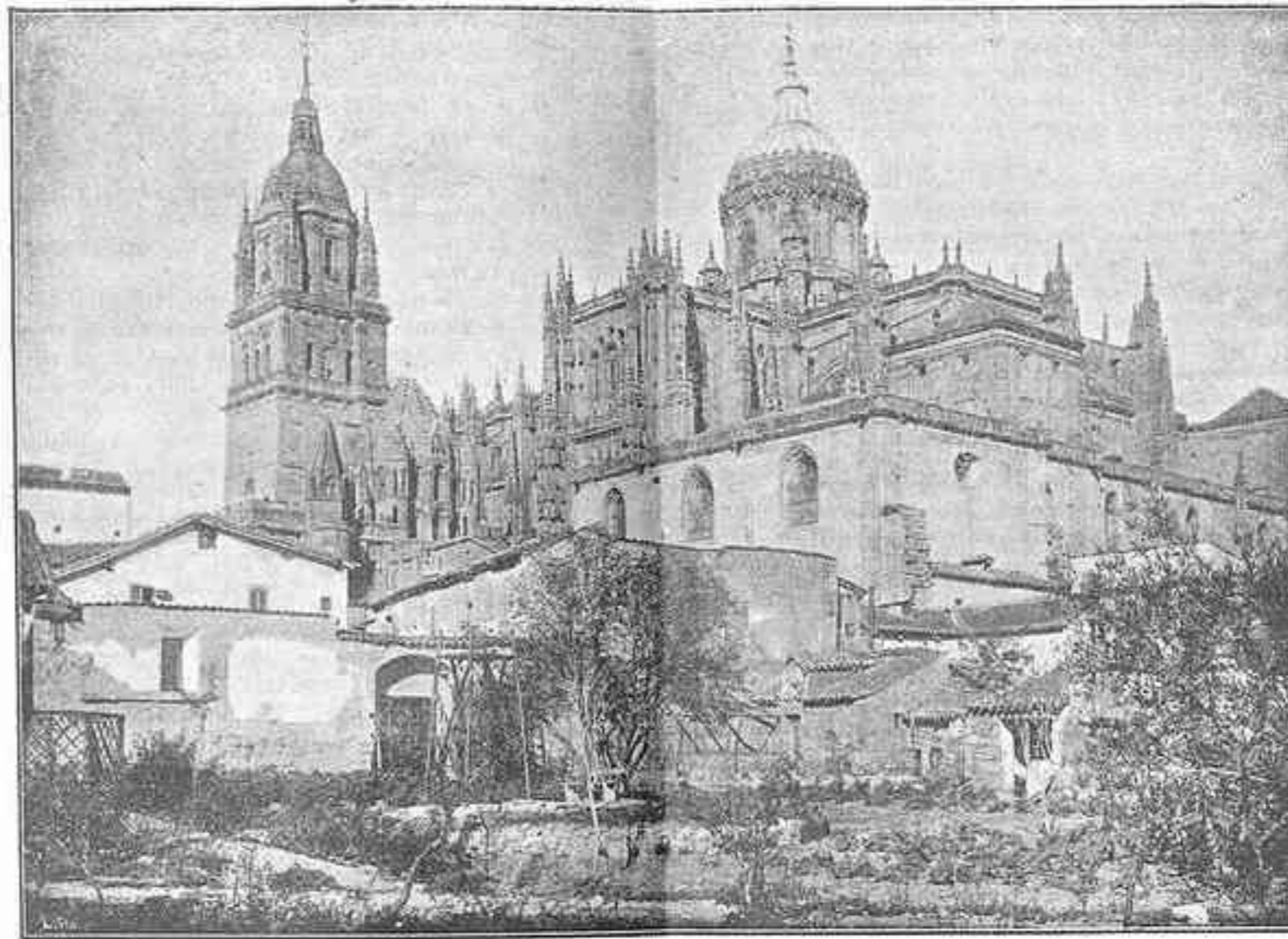
En dos solemnes ocasiones ha visitado el sepulcro de la Santa, y en una de ellas ha celebrado de pontifical ante aquel corazón incorrupto el Excelentísimo Señor Alcega.

En el horóscopo de su pontificado salmantino hemos leído estas palabras:

«Digno sucesor del padre Cámara; continuador de su obra inmortal: su nombre será bendecido y aclamado.»

Bien venido sea tan meritísimo Prelado, quien, antes de entrar nos ha conquistado el corazón. El Señor nos lo conserve muchos años, para bien de la diócesis.

El Arcipreste de Alba.



Salamanca.—Vista de la Catedral.

LO QUE ES EL OBISPO A LA LUZ DE LA FE

La Iglesia es la obra más acabada que ha salido de las manos de Dios; en la tierra no hay otra que la iguale en perfección y grandeza. Esta perfección y grandeza, que desde luego se descubren en toda la sapientísima economía de esa sociedad espiritual y visible, brillan y resplandecen con claridades divinas en la forma, admirablemente hermosa, de gobierno que le ha dado su Divino Fundador.

Ya en la antigüedad había dicho un sabio, que el legislador que, inspirado de lo alto, pudiese fundir en una sola las tres formas de gobierno que entonces, como hoy, se disputan la preferencia de la humanidad, lograría con ello instituir la mejor forma de gobierno para las sociedades. Pues bien: este ideal sublime de gobierno, que ningún legislador humano pudo encarnar en el seno de las sociedades, fué la forma gubernamental que Jesucristo comunicó a su Iglesia. En ella unió en armonioso consorcio la monarquía, la aristocracia y la democracia, y dando a todas en esta unión bellezas nunca vistas, a todas en ella preserva de las imperfecciones y defectos que, dada la fragilidad y malicia humanas, suelen acompañarlas en la dirección de las sociedades.

Allí la monarquía, atornada de una inmutable e indestructible unidad, se ve libre del absolutismo opresor y del despotismo tiránico; la aristocracia, revestida de una nobleza y desinterés prodigiosos, se despoja del orgullo altanero y del exclusivismo egoísta; la democracia, creciendo en actividad y energía, no degenera en pretenciosas imposiciones, ni mucho menos en anárquicos excesos. Y todo esto se cumple en el régimen de la Iglesia, por que Jesucristo, que la dió esa forma compleja de gobierno, vive en esa sociedad, y él es el que conserva siempre en ella esa unidad prodigiosa, que resulta de la fusión de las tres formas sociales que se disputan el gobierno de los pueblos, y el que la preserva de excesos y defecciones, y el que unge con su autoridad soberana las frentes de los que en la Iglesia han de representar cada una de esas formas por él tan admirablemente armonizadas.

En esa sociedad, de modo tan maravilloso y perfecto gobernada, la forma monárquica está representada por el Soberano Pontífice, a quien, como a Vicario suyo en la tierra, Cristo confirió la soberanía de sus poderes y la plenitud de la potestad; la aristocracia, por los Obispos, que son los sucesores de los Apóstoles y verdaderos príncipes que, con autoridad divina y ordinaria, gobiernan los pueblos sujetos a su jurisdicción episcopal; la democrática, en fin, por ese inmenso ejército de sacerdotes que, disciplinados y ordenados bajo el gobierno de los Obispos, como el glorioso Senado episcopal bajo el gobierno del Papa, trabajan con celo y constancia en la evangelización de los pueblos y en la santificación de las almas.

Con lo dicho, desde luego se ve lo que a los ojos de la fe es un Obispo. Él es un príncipe de la Iglesia, revestido de un poder divino, de una autoridad espiritual que no procede del Papa, aunque esté subordinado a su dirección, sino que la recibe directamente de Jesucristo, por medio de una consagración solemne que, dándole la plenitud del sacerdocio, lo coloca en la cima de la jerarquía eclesiástica, cuya fuente y coronamiento es el Pontífice Romano.

Por la ascendencia gloriosa de los que le han precedido en el ejercicio de tan soberano poder, el Obispo es vástago sagrado de aquellos primeros elegidos por Jesucristo para establecer en el mundo la Iglesia; de aquellos doce Apóstoles a quienes el Divino Maestro, manifestándoles los misterios del Reino de los cielos y enviándolos, como él había sido enviado por su Padre, juntamente les dió la plenitud de sus poderes con la plenitud del Espíritu Santo, que les comunicó.

Pero a más de sacerdote supremo y generador constante del sacerdocio en la Iglesia; a más de suceder en su cargo a los Apóstoles y ser Apóstol en cuyas manos, consagradas con unción divina, puso Jesús su Evangelio santo, para que, guardándole con fidelidad y siendo de él expresión

viviente, predique al pueblo la doctrina santa que contiene, el Obispo se nos muestra, a la luz de la fe, adornado de otros cargos no menos sagrados que autorosos.

El es el esposo fiel cuya suerte está vinculada para siempre a la de una Iglesia, a quien, como a esposa de sus más castos amores, debe de amar siempre con amor fiel y sin mancha, pues de esa fidelidad y pureza es símbolo perpetuo el anillo brillante que lleva en el dedo.

En la defensa de los intereses de Dios y de la fe, él es el atleta robusto y el capitán esforzado que, cubierta su cabeza, como con casco de defensa y de salud, con la mitra de honor eterno, marcha al frente de los soldados de Cristo, animándoles en tan sagradas luchas, y mostrándose al mismo tiempo terrible con los enemigos de la Religión y de la Verdad, a quienes subyuga con el poder omnipotente de la gracia divina que el cielo le ha comunicado.

El es el monarca espiritual que reina en el imperio de las almas, por medio del amor, inclinando dulcemente los corazones y someténdolos al yugo de la obediencia: con el báculo pastoral, cetro bendito de su autoridad amorosa y divina, uniendo a este carácter de rey, el de juez insobornable y recto que, castigando el vicio y amparando la virtud, a todos administra justicia con exquisita prudencia y serenidad augusta.

En los labios sagrados del Obispo, el Verbo encarnado ha depositado directamente su misma palabra divina, y como primer depositario de la Verdad, él es el Maestro infalible que, en unión con el Romano Pontífice, está encargado de transmitir puras e immaculadas las inagotables corrientes de la verdad al sacerdocio, y por el sacerdocio, a toda la Iglesia.

Como de la Verdad, también le hizo Jesús participante de aquel fuego sagrado de amor que él vino a encender en el mundo; por eso el Obispo es también el padre amoroso que Jesús nos ha dado aquí en la tierra, para que en su corazón afable y misericordioso encontremos remedio a todas nuestras necesidades espirituales y corporales.

En una palabra, os diré con Santo Tomás: el Obispo, por su dignidad y por su oficio, representa la persona de Jesucristo: *episcopus gerit in Ecclesia personam Christi*, y esta representación divina confiere al Obispo una dignidad tan sublime y augusta, que ante ella palidecen todas las dignidades humanas, como palidece la luz de las estrellas ante los resplandores del sol.

Hijos de esa fe divina, a cuya luz hemos visto rápidamente lo que es en la Iglesia la dignidad episcopal, inclinamos con respeto nuestras frentes ante el representante de Jesucristo, que viene a regir la diócesis salmantina, y cuando le veamos entrar por nuestras calles, prodigando bendiciones de Padre amoroso, salgamos todos a su encuentro, y sea este el saludo que salga vibrante de todos los labios: *Benedictus qui venit in nomine Domini*: bendito el que viene en nombre del Señor.

La Orden dominicana, que es la primera fundada en la Iglesia con carácter apostólico para ayudar a los Obispos en el ministerio de la predicación, no podía mostrarse ajena a esta manifestación de respeto amoroso, y mucho menos la Comunidad de San Esteban, cuyos hijos, los Ilustrísimos Fr. Pedro Pérez, Fr. Pedro de Salamanca, Fr. Juan Castellanos, Fr. Nicolás y Fr. Gonzalo, forman página brillante en el Episcopado salmantino; por eso, Excelentísimo Señor, los dominicos unimos hoy nuestro homenaje amoroso al de todos vuestros nuevos diócesanos, e inclinando, como ellos, nuestras frentes, e implorando vuestra bendición pastoral, también os saludamos diciendo: *Benedictus qui venit in nomine Domini*. bendito el que viene como representante del Señor. Sea vuestro Pontificado glorioso, y vuestra vida larga en años y abundante en frutos de bendición y de salud.

Fr. Alfredo Fanjul
(Prior de San Esteban).



¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!

MOTIVOS abundantes y poderosos tenemos los españoles para alabar a Dios en estos días de ateísmo e indiferencia religiosa. Aun hay fe en Israel, todavía, aunque latente en muchos corazones. bulle el entusiasmo religioso. ¿No lo veis? ¿No lo estáis palpando? ¡Qué júbilo el de los pueblos, el de las ciudades enteras, al ver entrar por sus puertas y pasear por vez primera sus calles, con pompa solemne, revestidos con sus majestuosos hábitos pontificales, a los nuevos Pastores, a los nuevos Prelados!

Podrá tener alguna parte en ese entusiasmo la curiosidad de lo desconocido, el afán de exhibiciones si queréis y de impresiones nuevas; podría darse como concuosa la fama de que va precedido el nuevo Pastor, eminente por su ciencia, por su elocuencia, por su bondad sin límites.

Pero no es razón suficiente ninguna de las expresadas.

La explicación satisfactoria y que llega al fondo del alma cristiana es sin duda la fe, el espíritu religioso de nuestro pueblo que, aunque por desgracia no poco extraviado por el espíritu anárquico de nuestros días e influido por mítines y periódicos es católico en el fondo de su corazón conserva vestigios de la fe con que fueron criados a los pechos de sus cristianas madres, y no puede prescindir del ambiente de religiosidad más o menos aquilatada, que respira la nación española y la distingue de muchos otros, si no de todos los pueblos europeos.

Ven en su Prelado en su Obispo al representante de Cristo, al Vice Dios en la tierra para todos sus diocesanos, ven al Padre común de todos, de quién han de recibir el pan y el sustento de sus almas la divina palabra, los Santos Sacramentos. No atiende, no, principalmente a la sabiduría ni a la elocuencia ni a la bondad, miran a la aureola de sobrenatural y divina autoridad que circunda su frente y le reviste de una veneración y respeto, que ninguna autoridad puramente humana puede recabar para sí.

¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! será el saludo de los católicos salmanticenses al recibir con entusiasmo delirante al sabio, al elocuente, al bondadoso y celoso Pastor que el cielo nos envía. ¡Venerad y honrad en él al vicario de Jesucristo y al mismo Redentor cuyas veces ha de hacer con vosotros! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!

Los hijos de Ignacio de Loyola tendrán como han tenido siempre a suma honra el besar su anillo pastoral, el ponerse humildes a su disposición como los últimos de los sacerdotes y religiosos de esta diócesis tan querida de todos los de la Compañía, el levantar sus brazos suplicantes al cielo para que el Señor colme de bendiciones al nuevo Prelado y a la amada porción que el Señor le confía.

V. U. (S. J.)



El Pontificado del Señor Alcolea en Astorga.

EN circunstancias bien difíciles fué designado para regir la vasta Diócesis asturicense el insigne Prelado que ha de gobernar con indudable acierto a la grey de la Diócesis salmantina.

Cuando en el año 1905 se precorizó el Excelentísimo Doctor Don Julián de Diego García Alcolea para ocupar la silla episcopal de Astorga, reinaba en aquella diócesis el más patente desconcierto.

Trasladado el Padre Vicente Salgado a la Diócesis de Murcia, fué objeto Astorga del más lamentable suceso, hasta el punto de que, el después Obispo de Segovia, no tuvo ocasión de hacer su entrada en ella, y durante un lapso de tiempo larguísimo la rigió por delegación confiada a su Gobernador eclesiástico.

Después de atender a todas las necesidades del orden espiritual, procuró el Señor Alcolea fomentar las instituciones de carácter social y al efecto fundó a sus expensas un Círculo católico de obreros, con caja de socorros y enseñanzas para los mismos, constituyendo para todo ello y a sus expensas un magnífico edificio capaz para más de quinientos socios. Del mismo carácter social son las fundaciones de Sindicatos agrarios, en número de unos setenta, estableciendo la Federación general de los mismos en la capital de la Diócesis.

Fundó el Colegio de los Hermanos de las Escuelas cristianas, donde reciben instrucción más de trescientos alumnos que se dedican al Comercio y a las Artes, corriendo hasta ahora a su cargo el sostenimiento de los profesores y demás atenciones de dicho Colegio.

Trabajó con gran interés por la instalación de una Escuela militar, sufragando todos los gastos precisos para ello, y por último atento siempre a proporcionar medios de cultura a sus fieles, estableció en el nuevo Palacio Episcopal un Museo epigráfico, de imponderable interés para la historia Patria.

En los años de 1910 y 1912 quiso celebrar Astorga el centenario de sus Santos con esplendor digno de fechas tan memorables en la historia de nuestra Independencia. De todas las comisiones que gestionaron del Gobierno los auxilios necesarios para ello, formó parte, presidiéndolas el Señor Obispo; en su palacio se hospedaron todos

los personajes que asistieron a los actos celebrados en honor de Santoci'des y el héroe Tiburcio; el Señor Obispo costeó los monumentos a los que se trasladaron los restos de estos héroes y gracias a la esplendidez del Señor Obispo, los festejos que tuvieron lugar, revistieron una solemnidad tan grande como los de igual clase de Gerona y Zaragoza. Por sus trabajos en este sentido, Astorga le declaró su hijo adoptivo y el Gobierno le concedió la gran cruz del Mérito militar.

Atento siempre a la comodidad de los fieles, sufragó los gastos para la instalación de la luz eléctrica y la calefacción en la Iglesia Catedral, logrando que los cultos solemnísimos que allí se celebran y en los que tomaba parte principalísima, acudieran en concurrencia extraordinaria.

Por último, pues se haría demasiado extensa esta crónica, al Señor Obispo se debe el que Astorga cuente, en la actualidad, con una soberbia joya arquitectónica, que produce admiración y asombro a los naturales de la ciudad y a los extraños. Es el Palacio Episcopal, comenzado en tiempo del Señor Grau y abandonado por sus sucesores. En él se han empleado, durante el pontificado del Señor Alcolea, más de doscientos mil duros, logrando así la continuación y terminación de un monumento hermosísimo, que sin sus esfuerzos no hubiera podido conseguirse, porque la obra es, en verdad, de proporciones gigantescas.

No es extraño que los hijos de Astorga, agraciados a tantos beneficios como habían recibido de su bondadoso Pastor, se reunieran en manifestación imponente cuando tuvieron noticia de su nombramiento para la diócesis de Salamanca.

Mucho trabajaron para que dicha designación quedara sin efecto, y ya que no pudieron conseguirlo, testimoniaron su afecto al Obispo de sus amores, dando su nombre a una de las mejores plazas de la población, acordando el Ayuntamiento colocar su retrato en el salón de sesiones y acudiendo a despedirle cuando marchó de aquella diócesis el pueblo en masa, sin distinción de clases sociales.

De tan insigne varón apostólico dotado de tan preclaros dotes de gobierno y de amor para los fieles confiados a su custodia, justo es esperar toda clase de beneficios.

José G.^a Revillo.

BIENVENIDA

NUESTRO señor Obispo viene! He aquí la expresión que jubilosa se escapa espontáneamente de todos los pechos de los hijos de esta vieja y noble ciudad de Salamanca. Y viene rodeado y precedido de la fama de gran sebio, de gran literato, y sobre todo, de Pastor celosísimo de su grey y Padre bondadoso de sus amados hijos.

Todo esto nos hace concebir grandes esperanzas de la acción benéfica de nuestro nuevo Prelado en pro de la Iglesia que ha sido encomendada a su pastoral vigilancia. Pero sobre todo, lo que más que nada nos halaga es el saber que el corazón de nuestro Obispo viene caldeado en los amores teresianos, y con esto, a la vez que viene a continuar la serie no interrumpida de los Prelados teresianos de la diócesis de Salamanca, será un digno continuador de las obras emprendidas por sus predecesores, y propagandista entusiasta del espíritu de Santa Teresa de Jesús, que siempre ha velado con particular cariño por los Obispos salmantinos, desde el trono de su poder y misericordia que se dignó levantar en la ducal villa de Alba de Tormes.

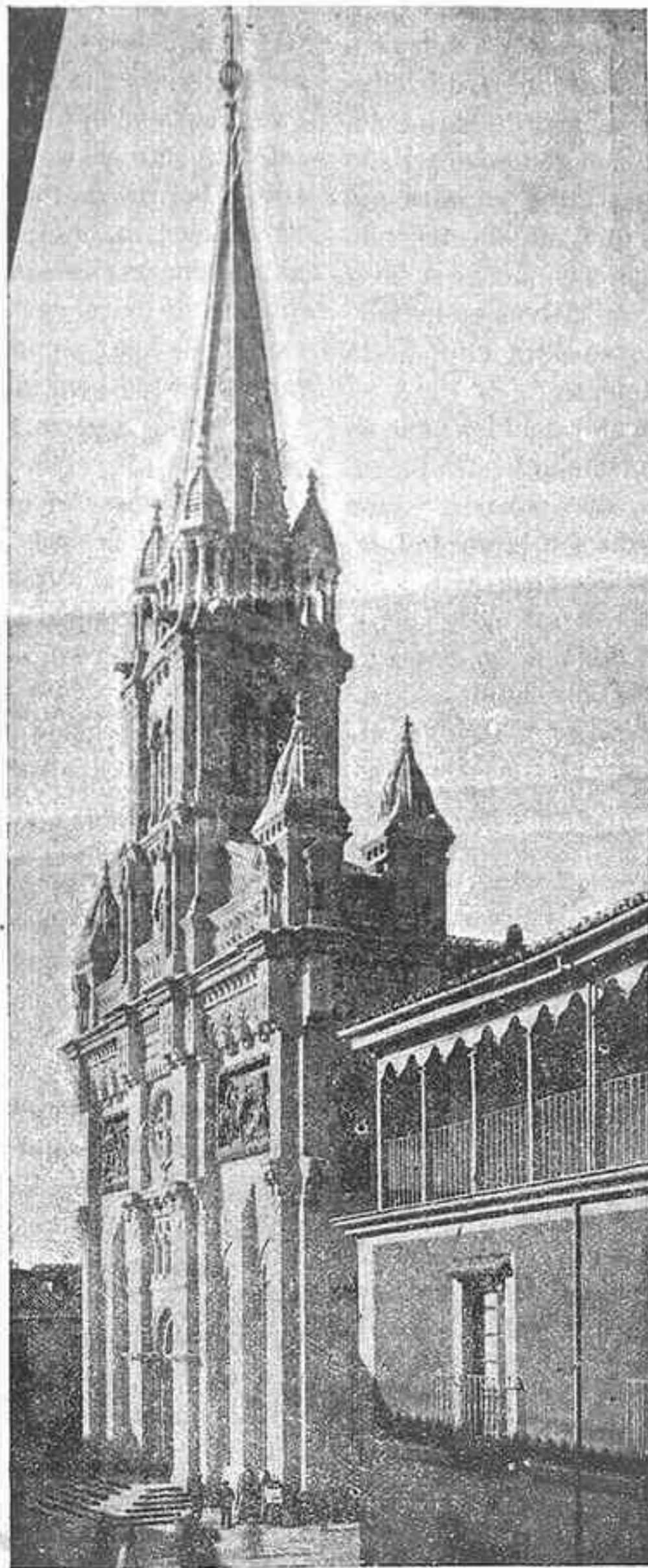
Por eso, si la entrada de nuestro Obispo en esta ciudad de Salamanca es un motivo de regocijo para todos los elementos que la constituyen e integran, de una manera más particular lo es para esta nuestra comunidad de Carmelitas descalzos, cuya gloria más preclara es Santa Teresa de Jesús, doctora mística de la Iglesia e interesadora de sus Prelados, cuyo

fin principal al establecer sus conventos, fué el rogar por ellos y por la Iglesia. ¡Buenos quedarían los soldados sin capitanes!—dice Santa Teresa de Jesús.—*Han de vivir entre los hombres y estar en los palacios y aun hacerse algunas veces a ellos en el exterior. Pídoos yo, hermanas mías, por amor del Señor, encomendéis a Su Majestad a*

esta pobrecita y atrevida, y le supliquéis la dé humildad, como cosa que tenéis obligación. No os encargo particularmente a los Reyes y Prelados de la Iglesia, en especial a nuestro Obispo; veo a las de ahora tan cuidadosas de ello, que así me parece no es menester. Y cuando nuestras oraciones y deseos y disciplinas y ayunos no se emplearen por esto que he dicho, pensad que no hacéis ni cumplís el fin para que aquí os juntó el Señor.

Pues nosotros, hijos de tal Madre y continuadores de su obra y de su historia, a la vez que nos complacemos en dar a nuestro Obispo la más cordial bienvenida, le prometemos también nuestra incondicional adhesión, ya que hoy más que nunca es necesario que los súbditos estemos unidos a nuestros Prelados, de cuya unión nacerá la fuerza, viniendo así a tener realización el gran pensamiento de Jesucristo, expresado por San Juan: *Et fiet unum ovile et unus Pastor*: Y serán ya un solo rebaño y un solo Pastor (1).

Un Carmelita descalzo.



Salamanca.—Iglesia de San Juan de Sahagún.

(1) San Juan, 10-16.

EL NUEVO PRELADO Y LA ACCION SOCIAL

PARA no adentrarme en el laberinto de la política, ni reducirme tampoco al papel de mero *entretenedor* de los lectores de este periódico, acostumbro, de vez en cuando, adoptar en mis escritos una postura grave.

Me toca hoy ese turno de seriedad, presentando al nuevo señor Obispo de Salamanca, como entusiasta adalid en los campos de la propaganda católico-social.

En los informes que he solicitado me aseguran que a través de los episcopales hábitos de nuestro Prelado, hemos de ver la cota de malla del guerrero, escudando un corazón generoso y lleno de fe evangélica por las cuestiones sociales: un sembrador de ideas buenas, que, sin el estruendo de vanidades ni concupiscencias, acoge y desarrolla con preferencia sus iniciativas en los surcos de los pueblos, valiéndose para ello, de la obra católico-social precisamente.

Por eso yo, humilde luchador del bien, que en la palestra lucha, no por egoísmo ni medro personal, y menos por un salario, sino por convicción y fervidos amores a la justicia y a la verdad, levanto hoy sencillo trono *al que viene en nombre del Señor*; ante él me postro, y desairando las pasiones de los doctores en la audacia, y compadeciendo de antemano a los que, olvidándose de mi modo de ser, lleguen a calificarme de irreverente o de adulator, pregonaré muy alto la acción social ejercida en Astorga, por el señor Alcolea.

Larga, muy larga sería la lista de obras sociales que yo pudiera publicar de nuestro Prelado en la diócesis que acaba de gobernar. Pero sintetizada queda, si yo me limito a decir que al despedirlo, hace pocos días, aquella su querida grey, ésta le dió su último adiós, aclamándole como *padre del obrero y protector* de la ciudad.

Hermosísimos gritos que, repercutiendo en Salamanca, vienen a ser para nosotros algo así como los precursores de la fecunda gestión que en igual sentido y en idénticos campos, habrá de desarrollar el nuevo Prelado en este su Obispado; ¡harto necesitado de esa solicitud y de esos cuidados!

Porque para nadie es un secreto, como para nadie envuelve ofensa—*non ut confundam vos hæc scribo*—el que yo traslade a este lugar lo que por las afueras decimos todos: que la acción social en

Salamanca es hoy, como lo fué desde la muerte del padre Cámara, tan callada e inactiva que su esterilidad nos acusa y nos flagela. Y no es que en Salamanca no se funden enseguida y fácilmente, lo mismo en los tiempos del enfermo y bondadoso padre Valdés, que en los de su antecesor preclaro, las modernas agrupaciones difundidoras de la mejor semilla católico social. No es que en Salamanca se carezca de hombres de voluntad férrea, de constancia sin desmayos, que como los sacerdotes Pereira, La Mano, Calvo y Sevillano, entre otros, extiendan hoy como extendieron ayer, en este respecto, su talento organizador y sus brazos en la cruz de todos los sacrificios. Es que en Salamanca, a pesar de todo lo apuntado, si no nacen muertas esas instituciones, nos encargamos muchos de ejercer el oficio de sepultureros por exceso de apatía, por ausencia de cariño y por falta de estudio en tales cosas y materias.

Y si no, ¿qué es lo que hacemos...? ¿Cuáles prosperan...? De nuestro lado, un modesto Circulo de Obreros. Del otro, la Federación Obrera, los Hijos del Trabajo, con su cooperativa, el Centro Ferroviario y la Asociación contra la Mendicidad que tampoco es propiamente nuestra.

De perlas creo que viene aquí el siguiente sucedido.

Cuando el Conde de Romanones vino a presidir en nuestra Universidad la apertura del curso académico, si en el mismo día no se inauguró la sociedad «Hijos del Trabajo», se celebró en ella no recuerdo qué acto de significación e importancia. Romanones fué invitado y asistió. El padre Cámara, que acostumbraba a *pescarlas al aire*, quiso asistir también. Pero se le ocurrió pedir consejo, y los prudentes y los avisados le desviaron de su idea.

Al saber lo que allí sucedió era de ver las amarguras de aquel Prelado insigne: «Me han atajado el camino.... lo recorren otros antes que yo.... ¡Qué lástima.... qué lástima!»; y en uno de aquellos sus frecuentes y bríosos arranques, recuerdo que me dijo a continuación: «cuando usted tenga iniciativas desarróllelas, siendo buenas, sin someterlas a aprobación, porque muchas veces el consejo es contrario y resulta que no se hacen. Y de lo bueno algo queda.»

Recogí la lección, y a ella me acomodo por respetos a mi maestro.

Indicaba antes, que las cuestiones sociales han sido, por lo general, poco estudiadas, hasta ahora, por nosotros. No me vuelvo atrás. Porque justo es confesar que aquí las hemos descuidado, resultando de esta negligencia, que otros nos han tomado la delantera: y que si no han utilizado sus repetidos viajes de propaganda para poner en manos famélicas el rojo pendón de todas las rebeldías, será, más que por la ausencia de valor y de saber lo que entre manos traen, porque no simpatizan con la rebeldía misma. Refiérome, para que nadie lo dude, a las tranquilas predicaciones que, cuando les ha venido en gana, han llevado por esos lugares de Dios mis deudos y amigos, los intelectuales.

Y al decirlo tan claro, que no haga aspavientos ningún coro de farsantes. Que no es nuevo en mí hacer tales revelaciones respecto de lo que públicamente se hace y se dice. Que yo, en este arte de escribir—que es arte de corazón—no archivo en el mío lo que debo decir sin el ropaje de hipocresías vituperables. Que a mí jamás me ha cerrado la amistad las puertas de mi criterio e independencia—de esa independencia que da el carácter—para poner mi granito de arena en el camino que hoy hay que ofrecer a la nación, para que se salve de los horrores de la revolución social, en la cual son muchos los que quieren hundirla.

El camino de esa salvación es el que tenemos que recorrer en la actualidad. ¿Cómo...? Saliendo de la ciudad al campo: sembrando en él escogida semilla católico social-agraria; fomentando los *sindicatos agrícolas*, haciendo que éstos sean favorecidos especialmente por las Instituciones que aquí tenemos, pósitos, caja de Crespo-Rascón y otras similares para, de este modo, herir de muerte a la usura con sus crímenes; al caei

que rural y provincial, con sus brutales atropellos, y al propietario desconsiderado, en sus ambiciones injustificadas.

¡El obrero del campo! Ese debe ser hoy nuestro amigo predilecto, por lo mismo que en la actualidad es el más agobiado, por lo mismo que es hoy al que quieren malcarlo.

Dichoso el día que, con nuestra acción, podamos unir en sindicatos al agricultor y al propietario. Porque unidos así en la explotación de la tierra, el obrero aumentará la producción, economizando el coste del cultivo, y el propietario aliviará a aquél, justipreciando la renta, sin lesionar grandemente sus intereses.

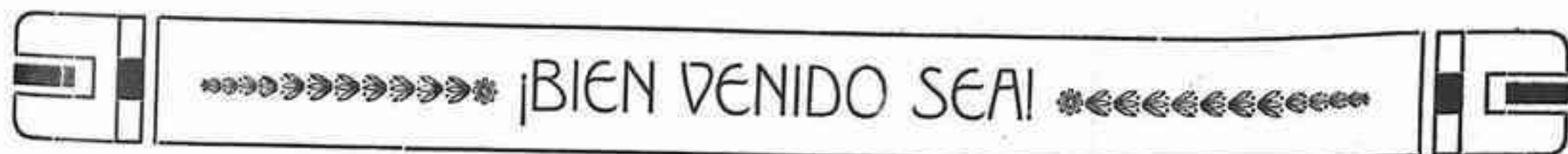
Este es el programa. Acometámoslo. Y en medio del clamoreo que vienen levantando los mercaderes de la política en la feria del Poder; y a la palabrería efectista, azuzadora, demoledora de toda disciplina social, opongamos la nuestra, dulce, sencilla, conmovedora, que en la Cruz nos dejaron escrita. «Que el Calvario es, sin duda, el único sistema sociológico de redimir al pueblo», como dijo en su conferencia de Pamplona, el sabio dominico padre Gerard.

Para esta obra hacen falta operarios. ¿Dónde buscarlos...? Dentro de casa los tenemos: el clero salmantino, que es culto e inteligente, celoso y disciplinado, formará el cuadro de honor. Que el clero salmantino sólo necesita una voz de mando que le diga, como a Lázaro: *Surge et ambula*.

De esperar es que esa voz amiga sea la de su nuevo Prelado.

Lo será indudablemente. Que en esta diócesis no tenemos ni queremos otro regulador.

José M. Bartolomé.



La histórica ciudad salmantina está de enhorabuena con la venida de su nuevo Pastor y Prelado Doctor Don Julián de Diego García Alcolea, y con la más viva alegría, exclama: ¡Bien venido sea! Rodeadas las sienes del Ilustre Prelado con la aureola de la ciencia y de la más exquisita prudencia, bien acreditadas en el gobierno de la diócesis asturicense, defensor celoso de los derechos de la Iglesia, amante cual el que más de su Clero y de las Ordenes religiosas, conocedor profundo de las cuestiones sociales que tanto agitan al mundo, protector entusiasta de las asociaciones benéficas y Padre cariñoso de los pobres y desamparados, con razón se alegran todas las clases sociales de Salamanca y reciben a su nuevo Pastor, diciéndole: ¡Bien venido sea!

La diócesis de Salamanca, regida y gobernada por Santos varones, eminentes en sabiduría y santidad se congratula de ver aumentado el glorioso catálogo de sus Obispos, con tan esclarecido Prelado, a quien recibe saludándole. ¡Bien venido sea!

Fr. Leonardo de Vera

(O. M. C.)

ROZAS CASTELLANAS

Para nuestro Excelentísimo señor Obispo.

SEÑOR: los trovadores
de esta tierra bendita castellana,
no tenemos los mágicos colores
de la primera luz de la mañana;
es nuestra inspiración suave y tranquila
como la luz serena de la tarde,
cuando el sol hermosísimo titila
y la montaña con sus lumbres arde.
No es nuestra voz la voz de la tormenta
que ruga en las alturas
y el alma de los niños amedrenta:
es el murmullo de las brisas puras
que el soplo de los mares alimenta;
no es el rugido de la fiera herida,
sorprendida en los bosques seculares;
no es la voz atrevida
del profeta, presagio de pesares,
sino el clamor de tórtola dormida
del canto del *Cantar de los Cantares*.
nacemos como el ave, cantadores,
y al nacer nos enseñan el sencillo
resonar de los himnos bullidores
que guarda la región salamanquina.
grabados a cuchillo
en la dura corteza de la encina.
Yo no sé otras canciones
que las canciones de la tierra mía,
que encierran en sus sonos
un mar de inmaculada poesía,
ni hoy puedo presentarle entre mis dones
otro don más divino,
otro don más humano,
que el honrado querer de salmantino
y el honrado sentir de castellano.

Señor: somos así; fuertes y honrados
en la paz y en la guerra;
no en vano se levantan, colocados
en las entrañas mismas de mi tierra,
los robles resistentes en los prados
y los montes perennes en la sierra.
Sopló el viento en el lago y a deshora
el lago se agitó, de lo profundo
salió el vapor de libertad traidora
que está pudriendo el corazón del mundo;
pero sus olas detener sabemos
en la hermosa pradera castellana:
somos los hombres del ayer, seremos
los hombres del mañana.
Aquí nacen las flores,
aquí se engendra el día,
aquí cantan los dulces ruseñores
en los espinos de la selva umbría;
y hasta el sol rutilante
más hermoso se ostenta
en este cielo serio y vacilante,
donde la calma engendra la tormenta.

¡Yo lo he visto salir! Era en el monte,
donde la Virgen de la Peña habita,
grabando con su dedo el horizonte
de esta región bendita.
Cantaban los jilgueros a mi lado
con invencible reto
su no aprendido canto,
y resonaba lejos en el prado
ese del agua murmurar secreto
que al alma del poeta dice tanto;
de pronto, cual si hubiera
reventado un volcán, bañó las cumbres
un torrente de luz de primavera,
catarata de fuegos, haz de lumbres.
Tocó mi frente el día,
alcé cobarde los turbados ojos,
allí, en la tierra fría
me prosterné de hinojos
y en éxtasis quedé... ¡el sol salía...!
Era el sol de mi tierra,
el sol de mis abuelos
que besaba los picos de la sierra,
al salir por las puertas de los cielos;
era el sol sin mancha,
que adornó la corona de Castilla:
con fulgores de gloria;

era el sol que admiraba aquellos planes
de la raza robusta de titanes
que agobiaron la historia
allá cuando Castilla soberana
reclinaba su frente en el estrecho
y se oían en tierra americana
los gigantes latidos de su pecho.
Era el sol que el fulgor de su belleza
quebrantaba en el oro castellano,
y que hoy mancha, llorando, su pureza
en el inmundo lodo del pantano.
Hasta las hijas que ella amamantara
con el licor sin mancha de su seno
la arrojan a la cara
el puñado de cieno.
Ella escucha el fragor de la tormenta,
contempla que su gloria se derrumba
y se encuentra contenta
cubierta con la losa de su tumba.

Mas vivirá, Señor. ¡Tú que ahora vienes
de tierras leonesas,
ven a bañar tus sienes
en el hogar tranquilo de mis dehesas.
Oírás aquí balidos de corderos,
rumor de ruseñores,
cantares de perdiz en los oteros,
murmullos de la brisa entre las flores.
¿Ves esa encina fuerte y arraigada
en cuyo tronco brilla
la tradición sagrada
que escribieron los viejos de Castilla?
Desnuda y macilentada,
perdió sus hojas al chocar del viento
y desgajó sus ramas el violento
bramar de la tormenta;
mas desecha el temor, que vendrá un día
en que al llegar la luz de primavera,
extenderá otra vez su sombra umbría
por toda la extensión de la pradera.
Es nuestra imagen ella;
no temas por la estrella castellana,
pues no brilla en las noches esa estrella;
mas ya verás los rayos que destella
cuando venga la luz de la mañana.

Perdóname, Señor; perdona al vate
que no sabe cantar otras canciones
que aquellas en que late
la flor de sus perdidas tradiciones;
aunque tu amor acate,
hoy no puedo ofrecerte entre mis dones
otro don más divino,
otro don más humano,
que el honrado querer de salmantino
y el honrado sentir de castellano.

FRANCISCO ROMERO

SONEZO

Al ilustre Pastor que en este día
viene a regir el pueblo salmantino
colme de dicha el Hacedor Divino
y sea siempre su luz, su norte y guía.

De este pueblo notoria es la hidalguía,
pues de rancio abolengo así le vino,
y hoy os ofrece, generoso y fino,
su respeto, su amor y su valía.

Vuelva hacia vos su celestial mirada
la incomparable Mística Doctora,
de este obispado prenda muy amada;

velad bajo su sombra protectora
por esta grey que os fuera confiada,
mientras "enhorabuena" digo ahora.

R. LAÍNEZ.

